

que tenían estando en salud. Quien antes despreciaba á los pobres, entonces les deja limosnas : quien escarnecía á los sacerdotes, entonces los llama : quien huía de los Sacramentos, entonces los pide : quien no podia sufrir discursos espirituales y devotos, entonces los desea. Es decir que en aquella hora hay un cambio completo de ideas : lo que antes alegraba, entonces entristece : lo que antes entristecía, entonces alegra. Y sino, probadlo. A aquella jóven que se halla en los últimos momentos de la vida, id á hablarle de bailes, paseos y amores; y oiréis que os contesta : ¿Con qué me vienes ahora? háblame de María santísima. A aquella señora que está próxima á dar el último suspiro, id á mostrarle un vestido de moda, un espejo de nueva invencion, un anillo venido de París ; y veréis que vuelve la vista al otro lado, y fija la mirada en el Crucifijo. A aquel político que está si entra ó no entra en el tribunal de Dios, id á hablarle de lo que dicen los periódicos, de los empleos que da el Gobierno, de la marcha que llevan los negocios de Europa; y notaréis que ni tan solo os escucha.

Héos aquí, cristianos, el gran secreto para no temer la muerte : pensar ahora como entonces pensaréis, y hacer lo que entonces quisiérais haber hecho. Si por otra parte reflexionais, que mientras dura esta vida habeis de sufrir mil tribulaciones y amarguras, estais expuestos á pecar y condenaros, no podeis ver á Dios ni poseer el cielo, será imposible no mireis con indiferencia todo lo de esta vida mortal y caduca, y no trabajéis para alcanzar otra mas feliz y duradera. Amen.

#### **Conducta de Dios sobre sus gracias.**

Adhuc multa habeo vobis dicere : sed non potestis portare modò. (Joan. xvi, 12).

¡Qué misterio tan espantoso nos descubre el evangelio de hoy! Está Jesucristo en el cenáculo con sus discípulos, les di-

ce que va á dejarlos, que pronto volverá á visitarlos, que durante su corta ausencia vendrá sobre ellos el Espíritu Santo, que... Al llegar aquí corta de repente el discurso, y concluye con esta breve y misteriosa expresion : Muchas cosas me quedan aun por deciros ; pero vosotros no estais ahora en disposicion de escucharlas : *Adhuc multa habeo vobis loqui : sed non potestis portare modò.*

Con estas palabras nos da Jesucristo á entender, que Dios no derrama de una vez todas sus gracias sobre nosotros, sino progresivamente, y á medida de la disposicion en que nos hallamos para recibirlas. Primero nos da una gracia, y antes de darnos otra, aguarda á ver qué uso hacemos de la primera. ¿Usamos bien de ella? Entonces Dios abre mas la mano, y nos dispensa otra mayor. ¿Usamos mal? Entonces Dios nos la quita, y la da á otro que sabe hará de ella un mejor uso.

Misterio terrible, cristianos, que nos enseña, que si perdemos la gracia que hemos recibido, Dios la dará á otro : si despreciamos la corona que Dios quiere darnos, otro vendrá á recogerla : si desmerecemos la silla que Dios nos tiene preparada en el cielo, otro vendrá á ocuparla. Esta es la conducta que Dios suele observar sobre sus gracias : conducta severa, pero santa, pero justa, pero muy digna de Dios. Estadme atentos, que vengo á tratar uno de los puntos mas esenciales y delicados de la moral cristiana.

Hay, dice la Iglesia, un número fijo de predestinados, que solo Dios conoce : este número es invariable, y no admite aumento ni disminucion : de modo que es imposible se salve ni uno mas ni uno menos de los que Dios ha determinado salvar : *Deus, cui soli cognitus est numerus electorum, in superna felicitate locandus.* De aquí se sigue, cristianos, que cuando al-



guno por su infidelidad pierde la gracia que habia recibido, y consiguientemente la gloria á que estaba destinado, no falta luego otro que viene á ocupar su puesto. Pocas verdades hallaréis mas claramente inculcadas en la Escritura santa, que la que acabo de establecer.

«Habiendo un gran rey, dice Jesucristo por san Mateo, dispuesto un magnífico banquete para solemnizar las bodas de «su primogénito, convidó á muchos. No obstante que la invitacion fue hecha en los términos mas atentos y cordiales, «los convidados rehusaron comparecer, alegando cada cual el «pretexto que mas le plugo. Indignado el rey en vista de tal «ingratitude, los castigó como merecian, y en seguida llamó á «sus criados, y les dijo: El banquete está preparado, mas los «que habia convidado primero se han resistido á venir. Sa- «lid, pues, por las plazas y calles, y á cuantos encontraréis «al paso, forzadlos á asistir al banquete: *Compellite intrare*. «Pero, señor, respondieron los criados, ¿y si los que encon- «trarémos fuesen ciegos?... ¿si fuesen cojos?... ¿si fuesen «pobres?... ¿tambien hemos de forzarlos á asistir? — Sean «lo que quieran, respondió el rey; pues en fin es necesario «que mi casa se llene, y que de cuantas sillas hay colocadas «en mi mesa no quede una sola sin haber quien la ocupe<sup>1</sup>.»

Cristianos, el Evangelista que refiere esta parábola del Salvador, dice en términos expresos que ella declara lo que pasa en el banquete que Dios tiene dispuesto en el reino de los cielos: *Simile factum est regnum celorum homini regi, qui fecit nuptias filio suo*. Dios convida á muchos á aquel banquete celestial, siendo los cristianos á quienes llama primero, y á quienes da la preferencia. Pero ¿qué hacen muchos de estos? Léjos de corresponder agradecidos al llamamiento, se excusan de

<sup>1</sup> Matth. xxii, 2-11.

comparecer, alegando cada cual el pretexto que mas le place. Que han de pensar en la familia; que los embarazan los negocios del mundo; que viviendo en el siglo, no pueden dejar de vivir como se vive en el siglo, y mil otras excusas, que pudiéramos reducir á una sola, y verdadera, á saber, que no quieren asistir: *Illi autem nolebant venire*. ¿Qué hace Dios viendo tamaña ingratitude? Dice á sus siervos, que son los confesores, predicadores y cuantos nos hablan de su parte: Esos cristianos no quieren ocupar las sillas que les tenia preparadas en mi reino; buscadme otros que vengan á ocupar su lugar, pues es necesario que, ó de unos ó de otros, el cielo se llene, que el número de elegidos no me falte, que de cuantas sillas tengo prevenidas en mi mesa ni una sola quede vacía.

Esto fue, cristianos, lo que obligó á santo Tomás á escribir, que Dios nunca permite que unos caigan, sin que luego disponga que otros se levanten: *Deus numquam permittit alios cadere, quin alios erigat*<sup>1</sup>; y quizá será tambien por esta razon, que cuando la Escritura santa nos refiere la caida de uno, á renglon seguido nos advierte la eleccion de otro. Así vemos que al fratricida Cain sucede el justo Set, al intolerante Esaú el paciente Jacob, al vil Canaan el esforzado Josué, al ingrato Saul el agradecido David, al traidor Judas el fidelísimo Matías. Mas, para que veais esta verdad de un modo mas palpable, os referiré en breves palabras el suceso lamentable que refiere san Basilio. Cuarenta eran, dice el Santo, los esforzados campeones de Jesucristo, que en presencia de Agrícola presidente de Sebaste dieron pruebas de su invencible fe. Ya habian sufrido todos cuantos tormentos supo inventar la ingeniosa malicia del tirano, ya estaban próximos á recibir la palma del martirio, ya habian bajado del cielo y dejádose ver

<sup>1</sup> D. Thom. 1 part. quæst. 23, art. 6.



en el aire cuarenta Ángeles con igual número de coronas, para distribuir las entre aquellos héroes ; cuando, ¡oh juicios de Dios! uno de ellos, no sabiendo resistir la última prueba que quiso hacer el tirano, que fue meterlos en un estanque helado, vacila, desfallece y abjura cobardemente la fe. ¿Qué haremos ahora de la corona que estaba destinada á este infeliz? ¿Tendrá el Ángel que volverla al cielo? No, cristianos, no faltará quien la ciña. Tan pronto como este miserable cae, se convierte uno de los soldados que estaban allá de guardia, el cual confesando públicamente la fe de Jesucristo, recoge la corona que el otro dejó escapar.

¿Qué os parece de este caso? ¿No es verdad que fue bien lamentable? Pues no dudeis que el caso se reproduce diariamente entre nosotros, aunque no lo advertamos; porque nunca sucede que uno pierda la gracia, sin que inmediatamente se convierta otro, y venga á ocupar su destino. Verdad tremenda, que debe obligar á los justos á vivir con mucha cautela, para que otro no arrebatase su corona, segun aquel aviso del Espíritu Santo: Guarda bien lo que tienes, para que otro no te lo tome: *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*<sup>1</sup>.

Si me preguntais por qué de la caída de uno resulta la conversión de otro, os diré que es porque, siendo la gracia una cosa tan preciosa, no es justo quede sin efecto. Si Dios y la naturaleza nunca producen cosa alguna supérflua, como enseña la física, ¿cómo quereis quede sin fruto la gracia, que es una de las mas nobles producciones de Dios? Pero nosotros vemos, me diréis, que hay pecadores que la rehusan, y justos que la pierden. — ¿Y pensais que por esto estas gracias quedan perdidas? Mucho os equivocais. Si un pecador rehusa la gracia que Dios le ofrece, no faltará otro que la recibirá

<sup>1</sup> Apoc. iii, 11.

con agradecimiento: si ese justo pierde la gracia que poseia, no faltará quien la halle, y haga de ella mejor uso. No dudarle: la gracia nunca vuelve vacía al cielo, siempre produce el efecto para el cual fue enviada: si no lo produce en Juan, lo produce en Pedro, si no en Teresa, en María. Vosotros podeis cerrar los ojos á la luz del sol, pero no podeis impedir que otros abran á ella los suyos: podeis oponer á los rayos del sol un velo, una ventana, un muro; mas no está en vuestra mano hacer que estos rayos no vayan á tocar á otras personas. Al contrario, los rayos que no dejaréis entrar en vuestro aposento, tomarán otra direccion, reflejarán por los lados, é irán á caer sobre otros objetos con mas claridad y calor. Esto es lo que hace la gracia. ¿La rechazais de un lado? ella va de otro. ¿Le oponéis un corazon duro? ella toma otra direccion, y va á reflejar sobre otra alma con mas calor y claridad.

Esta conducta de Dios podrá parecer irregular á algunos, pero es muy conforme á su sabiduría, á su justicia, y á su misericordia. ¿No es acto de una sabiduría infinita el saber sacar bien del mal, la conversión de unos de la prevaricación de otros, la salvación de Pedro de la condenación de Juan? San Pablo descubre en esto un rasgo de sabiduría tan admirable, que exclama como atónito: ¡Oh riqueza de la sabiduría de Dios! ¿Qué incomprensibles son tus juicios! *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! Quàm incomprehensibilia sunt judicia ejus*<sup>1</sup>! San Pablo llama incomprensibles los juicios de Dios, porque en efecto sobrepujan la capacidad de nuestra inteligencia. ¿Quién hubiera jamás imaginado que la perdición de los judíos fuese el medio por el cual Dios queria salvar á los gentiles, y que una gran parte de nosotros se hubiera perdido, si una gran parte de ellos se hubiese salvado?

<sup>1</sup> Rom. xi, 33.



¡Ah! que sacar la salud de unos de la ruina de otros, es cosa que solo sabe hacerla Dios.

Su justicia y su misericordia brillan tambien de un modo admirable en esta manera de proceder. Observad, dice san Pablo hablando de este asunto, de qué modo tan admirable se combinan aquí la severidad y la misericordia de Dios: *Vide ergo bonitatem et severitatem Dei*<sup>1</sup>. Obra la severidad, quitando el talento al que no ha querido aprovecharlo; obra la misericordia, pasando el talento á manos del que se sabe hará de él mejor uso. Y así, tanto en el quitar la gracia á uno, como en el darla á otro, Dios se muestra igualmente justo que bueno, igualmente severo que misericordioso.

De aquí se sigue, cristianos míos, que la misericordia de Dios no perderá nada, aun cuando vosotros os condeneis, porque otros se salvarán en lugar vuestro. ¡Ay de mí! Para continuar en vuestros pecados sin temor, soleis decir frecuentemente: Dios es misericordioso, y no consentirá en que yo me condene. — ¡Ay! ¿ignorais que porque todos os condeneis, Dios por esto no será un ápice menos misericordioso de lo que es? No será misericordioso respecto de vosotros, os lo concedo; pero lo será respecto de otros, que tomarán vuestra plaza. Y así, perdiéndolo vosotros todo, la misericordia divina no perderá nada; porque lo que parecerá perder en vosotros, lo ganará en otros que no se hubieran salvado, si vosotros no os hubiéseis perdido.

En vista de esto, no puedo menos de repetiros aquel importante aviso del Espíritu Santo: Conserva bien la gracia que tienes, no sea que á quien te arrebatase la corona: *Tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam*. Cualquiera que sea el grado de virtud que creais poseer, cuidado en no entrar en

<sup>1</sup> Rom. xi, 22.

vanas complacencias de vosotros mismos, cuidado en no despreciar á los demás, pues ni vosotros estais confirmados en la gracia, ni ellos están obstinados en la culpa: ni sabeis lo que será de vosotros, ni qué han de venir á ser ellos. Puede ser que tú, ó mujer ahora piadosa, seas algun dia repudiada de Dios, como Vasti lo fue de Asuero; y que esa mujer mundana á quien desprecias, sea, como Ester, sustituida en lugar tuyo. Puede ser que tú, hombre ahora muy cristiano, serás un dia desechado como Saul; y ese jóven libertino, á quien apenas te dignas mirar, será exaltado como David, y encumbrado sobre los príncipes del pueblo de Dios. ¿Qué sabeis vosotros?... Pues lo que os conviene es, manteneros humildes, vivir con santo temor, no despreciar á nadie, por gran pecador que sea, y corresponder con fidelidad á las gracias que habeis recibido.

Por lo que hace á vosotros, pecadores, no teneis por qué desconfiar; porque, aunque actualmente esteis privados de la gracia, no es imposible que la adquirais algun dia; y aunque al presente no tengais derecho alguno al cielo, tal vez lo tendréis con el decurso del tiempo. ¿No veis cuántos justos prevarican todos los dias? ¿no veis tambien cuántos inocentes pierden sus coronas? Pues ellos perecen para utilidad vuestra, si sabeis aprovecharos de su caída. Estad dispuestos para merecer la primera corona que quede vacante, que sin duda no tardará en vacar alguna; y si Dios os ve preparados para recibirla, de seguro os la dará. Aplicaos desde hoy al gran negocio de vuestra salvacion, que aunque sea ya un poco tarde, en fin todavía es tiempo, con tal que no lo retardeis mas. Si lo haceis así, yo os aseguro que de tantas coronas como Dios tiene preparadas en el cielo, no dejará de haber alguna para vosotros. Amen.